

*Ian Buruma*

## **Las contradicciones de la compasión**

*Project Syndicate, 5 de abril de 2022.*

NUEVA YORK – Casi 2,5 millones de refugiados ucranianos han huido a Polonia desde que comenzó la invasión rusa y más de 350.000 han entrado en Hungría. Pero en 2015, cuando la entonces canciller alemana, Angela Merkel, permitió que 1,1 millones de solicitantes de asilo (alrededor del 40 % de los cuales eran sirios) entraran en Alemania, Polonia y Hungría cerraron firmemente sus fronteras a las personas que escapaban de la carnicería en Oriente Medio.

Estas reacciones divergentes han enfadado mucho a algunas personas, en su mayoría “progresistas”. Seguramente, argumentan, usar gases lacrimógenos y cañones de agua para contener a los solicitantes de asilo árabes en la frontera húngara, pero recibir a los ucranianos con los brazos abiertos equivale a prejuicios raciales, o incluso a la “supremacía blanca”.

Todas las vidas humanas son igualmente preciosas. Desde un punto de vista moral, no hay diferencia entre un joven traumatizado de Alepo y una madre desesperada de Kharkiv. Pero, por razones prácticas y psicológicas, los países distinguen a los refugiados sobre la base de la cultura, la religión, el idioma y la política. Esto es especialmente cierto en países con poblaciones relativamente homogéneas, como Polonia en la actualidad.

Del mismo modo, mientras que Tailandia ha acogido anteriormente a cientos de miles de refugiados de Camboya, Laos y Myanmar, admitir a un millón de ucranianos sería impensable para la mayoría de los tailandeses. Después de todo, la integración de personas de países vecinos es bastante difícil.

A la mayoría de las personas, tanto a los tailandeses como a los polacos, les resulta más fácil identificarse con el destino de aquellos que se les parecen, no solo físicamente, sino también en términos de origen social y cultural. El sufrimiento de los demás se siente más remoto. Esto no es justo. Idealmente, tales distinciones no deberían conllevar ninguna diferencia. Pero los verdaderos universalistas son raros.

De hecho, aquellos en la izquierda que abrazan las causas de lo que solía llamarse el Tercer Mundo, y se apresuran a denunciar a otros como racistas, a veces son ellos mismos culpables de prejuicios. Las mismas personas que se enfurecen por cada injusticia sufrida por los palestinos a manos de las autoridades israelíes a menudo están mucho menos preocupadas por atrocidades aún peores cometidas en Eritrea, Sudán o Myanmar. Esto también tiene mucho que ver con la identificación. Muchos israelíes tienen raíces europeas, y la violencia en Gaza o Cisjordania les recuerda demasiado a los antiimperialistas occidentales el pasado colonial de Europa. Algo similar solía moldear las actitudes hacia Sudáfrica. El apartheid era un sistema perverso. Pero el hecho de que fuera ideado por hombres blancos de alguna manera lo hizo parecer peor que los regímenes asesinos de Mobutu Sese Seko en la República Democrática del Congo o Idi Amin en Uganda.

Tales puntos de vista traicionan, aunque inconscientemente, un pernicioso doble rasero. Es como si uno no pudiera esperar que los congoleños o los ugandeses tuvieran la misma comprensión de los derechos humanos que los blancos, pero que los israelíes, que se

parecen más a los europeos, deberían saberlo mejor.

Compartir un territorio común tampoco es garantía de un comportamiento decente. De hecho, lo contrario puede ser el caso. Las guerras civiles suelen ser incluso más bárbaras que las guerras entre diferentes países. Piense en la sangrienta partición de India y Pakistán en 1947, o el genocidio en Ruanda y las matanzas en los Balcanes en la década de 1990. Matar en tales conflictos casi siempre está precedido por degradaciones indescriptibles, con diferencias lingüísticas, religiosas o étnicas politizadas hasta el punto de una prominencia letal.

La intimidación social debe explicar hasta cierto punto esta brutalidad. Matar a machetazos a un vecino cuyos hijos asistieron a fiestas de cumpleaños en tu casa no puede ser fácil y requiere superar las inhibiciones. Antes de que puedas matar a alguien que conoces tan bien, él o ella deben ser degradados, despojados de toda dignidad y reducidos a nada que puedas reconocer como humano. Es por eso que los hutus ruandeses fueron enloquecidos por agitadores que los instaron a cazar y matar “cucarachas” tutsi. Para los chovinistas hutus, los tutsis eran criaturas que solo merecían ser exterminadas.

Incluso antes de que Rusia invadiera Ucrania, había una guerra civil desde 2014 entre los hablantes de ruso en el Este y los hablantes de ucraniano en el Oeste. De hecho, Ucrania es más complicada que eso. El presidente Volodymyr Zelensky, que se ha enfrentado valientemente a la agresión de Rusia, es un hablante nativo de ruso, y los hablantes de ruso en Kharkiv, Mariúpol, Odessa y otros lugares se identifican con Ucrania, no con Rusia. La identidad cultural, religiosa y lingüística rusa y ucraniana se superpone de muchas maneras. Pero la guerra ha desmentido las afirmaciones del presidente ruso, Vladimir Putin, de que Ucrania no es un país real y que los ucranianos no son un pueblo real. Mientras que muchos soldados rusos parecen no tener idea de por qué luchan, a los ucranianos no hace falta que se lo digan.

Trágicamente, el narcisismo de las pequeñas diferencias puede engendrar un gran odio. Una grabación de soldados ucranianos disparando con ametralladoras a prisioneros de guerra rusos encadenados se descartó inicialmente como si fuera propaganda rusa. Pero no deberíamos habernos sorprendido cuando resultó ser real. Y recientemente ha surgido evidencia de atrocidades aparentemente cometidas por tropas rusas contra civiles ucranianos, incluidas torturas, agresiones sexuales y ejecuciones.

Entonces, alabemos a los polacos y húngaros por ofrecer una mano amiga a los ucranianos que la necesitan desesperadamente. Sería maravilloso que los europeos mostraran la misma simpatía hacia los sirios, los afganos y otras víctimas de guerras fuera del continente. Pero el hecho de que en general no lo hagan no es razón para difamar a los europeos del Este como supremacistas blancos. La compasión humana es un bien tan escaso que deberíamos estar agradecidos cada vez que aparece.

---

Ian Buruma es autor de numerosos libros, entre ellos *Murder in Amsterdam: The Death of Theo Van Gogh and the Limits of Tolerance*, *Year Zero: A History of 1945*, *A Tokyo Romance: A Memoir*, y, más recientemente, *The Churchill Complex: The Curse of Being Special, From Winston and FDR to Trump and Brexit* (Penguin, 2020).

<https://prosyn.org/wIsrJ9p>